



CAMPOAMOR ¹

ESTUDIO BIOGRÁFICO

I

Preludio.

Tú que me lees: tú en quien debo presuponer que laten el amor de la belleza y la perentoria necesidad de esos lujos del alma llamados arte y sentimiento: tú, que en primavera sales al campo con un tomo de versos en el bolsillo, para leerlos bajo los árboles, orillas del río, al pie de la montaña, dime por tu vida: ¿has imaginado cómo será el mundo así que se realice el caso—inminente ya—de la desaparición del último poeta?

Piensa que no te hablo de contingencias remotas. La poesía se sume, á modo de manantial absorbido por la seca arena del desierto. Los

¹ Este estudio está escrito expresamente para figurar al frente del tomo de las *Doloras*, en la edición de *Obras completas de Campoamor* que publica *La España Moderna*.

representantes más altos de la vitalidad poética, ó murieron ó callan. Tú no crees á los que te hablan de poetas jóvenes y de rumbos novísimos de la poesía: y vive Dios que en esto te guía tu instinto como pudiera guiarte la crítica más sagaz. Esas musas vírgenes y lozanas no existen: sus peplos y sus estolas blancas no ondean entre las espesuras del Parnaso. Tú ignoras—y yo también—si la forma poética, ó sea el ritmo, va á sucumbir al peso de la caducidad; pero sabes que la tierra está agostada; como diría Campoamor, *cansada de dar flores...* y que la edad de los semidioses pasó.

No es un fenómeno aislado, peculiar de una nación, ni siquiera de una raza: en toda la superficie del planeta no surge un semidiós joven, un Hércules. En la tumba reposan los que llenaron con sus cantos el siglo. Ya al amparo de la tosca lápida que corona, en islote solitario, una cruz; ya bajo el plañidero sauce de leve sombra; ya en el vulgar nicho del cementerio público; ya en las resonantes bóvedas del panteón... duerme la extinguida familia de los inmortales, de los que en la pálida frente recibieron el beso abrasador de la inspiración apolínica, que inoculara la convulsión sagrada. Inútiles para procrear—como suele ser el genio—no han dejado hijos, y, si pudiesen, se vengarían de la enteca raza de incluseros que alardea de proceder de su sangre.

¿Dónde están, en Francia, los capaces de recoger de entre las olas la melodiosa lira de Lamartine, ó empuñar el sonoro martillo del

titánico forjador Victor Hugo, ó descubrir el laúd coronado de rosas y envuelto en negros crespones de Alfredo de Musset? Y cuenta que Francia es la única tierra donde aún se oye resonar alguna voz profunda, *voz de muchas aguas*, como llama la Escritura á la del Profeta: cuenta que en Francia todavía se prolongan las últimas ondas sonoras de la vibración causada por la borrasca revolucionaria y las guerras de conquista. Ved á Inglaterra: por primera vez, desde hace trescientos años, no hay frente que ceñir con el laurel sagrado: Tennyson no deja herederos. Ved á Alemania: más fácil es á la gran nación de los cañones negar una estatua á Enrique Heine, que alzar de entre las nieblas del Rhin la visión de otra hada Loreley, la de los cabellos de oro. Ved á Rusia: ya ignora si existe más gloria literaria que la del prosista. Ved á Italia: la extinción del instinto creador la obliga á remover las cenizas del columbario latino y del sarcófago heleno, por si queda en ellas una chispa, varias veces milenaria, del fuego sacro.— El más inspirado de los poetas contemporáneos en Italia, es el que, retrocediendo á los tiempos anteriores á Cristo, reniega del cristianismo y odia la poesía usual, porque, inerte y sin amor, como la ramera, ha entregado al vulgo sus marchitos flancos.— Ved á Hungría y á Polonia: sus poetas, surgiendo al calor de la idea patriótica, con ella cayeron. Ved á España. ¿Tendré que recordar cómo se van, uno tras otro, los que poseyeron nuestro corazón, y halagaron nues-

tro oído, y dieron á nuestra fantasía las alas del águila ó el palpitante revoloteo del colibrí? ¿Será preciso decir una vez más, á riesgo de mortificar el orgullo patriótico, y sobre todo las vanidades individuales, que lo presente es sombra de lo pasado, —sombra fría, tinieblas como las de los campos Cimmerios?

Lamentábase Heine de que, por haberse partido en dos el corazón del mundo, nuestra edad no viese ya aparecer poetas *enteros*, expresión de la sencilla y poderosa unidad humana. En otras páginas he manifestado que abrigo dudas acerca de esta supuesta unidad primitiva ¹: en mí entender, allí donde hubo dos almas, hubo dos conceptos distintos de la realidad. Apenas fundada una religión, tuvo sus heterodoxos y sus negadores: apenas proclamada una institución, tuvo sus enemigos: apenas enunciado un sistema filosófico, tuvo sus críticos: apenas aclamado un héroe, tuvo sus calumniadores y sus adversarios. Los siglos, en su giro majestuoso, se desdeñan de recoger las miserias de la duda y la contradicción, y sólo nos muestran la gran integración, la armonía superior de los elementos opuestos. No me persuado á que fuese tan completa la unidad del mundo antiguo, y considero difícil que por lo que de él resta le conozcamos lo bastante para afirmarla. Si la admitimos, al menos reconocamos que la unidad no implica superioridad del contenido poético de una época. Dado que en todo tiempo,

¹ *Los Poetas épicos cristianos*: Dante.

nación y raza existe cierto número de individuos muy superiores á la muchedumbre anónima — los *hombres representativos* de que hablaba Emerson—cuando la poesía exprese, (en vez del mundo colectivo), el mundo interior, las ideas y sentimientos propios de esos privilegiados individuos, haciéndose de *épica lírica*, ó, más bien, como quiere un sabio escritor moderno ¹, *individual y personal*.— la poesía habrá ganado toda la originalidad, variedad, aristocrática distinción y riqueza de aspectos intelectuales que elevan al individuo superior por cima del vulgo de sus contemporáneos. Esta poesía personal, no atomística ni ególatra, pues siempre refleja, en el espejo de un alma sola, la imagen de muchas almas similares —de una hueste escogida de almas— vale tanto, por lo menos, como la primitiva poesía impersonal, si es que en rigor existió, y si la verdad afirmada por el ya citado crítico, de que también hubo lirismo en el viejo mundo *entero* y unitario, no ha de entenderse en sentido mucho más lato del que él le atribuye, para lo cual nos ofrecería argumentos, no sólo la Antología griega, sino varios libros y poemas sueltos de los que forman el gran monumento bíblico.

Cuando nuestro siglo caiga sobre sus antecesores en el abismo del tiempo; cuando las generaciones venideras, con la admiración depurada y respetuosa que inspiran las glorias

¹ Menéndez y Pelayo: *Estudio sobre Don Gaspar Núñez de Arce*.

del pasado, peregrinen al sepulcro de los poetas que casi fueron contemporáneos para nosotros, también descubrirán entre ellos el nexo oculto pero sólido, la correlación ordenada y bella que realza la unidad por medio de la variedad, y sin la cual esa unidad decantada sería pobreza, uniformidad y monotonía, como de árida llanura. Si: entonces se hará justicia á nuestro siglo, y el mismo carácter doloroso de su alta poesía parecerá sello de un arte que interpreta lo más íntimo del sentimiento, y rasgando el velo de Maya, la eterna ilusión, patentiza el desencanto que encierra la vida. Se proclamará sin temor, —porqué á los antepasados se les ensalza con más nobleza y brío que á los vivos ó recién muertos— que entre estos poetas del siglo XIX, de sentimiento y de fantasía individual, hay muchos dignos de compararse á los poetas de otro tiempo, á los entérezos. Porque en esos mismos poetas, si se mira bien, lo que sobrevive y lo que les granjea inmarcesible gloria, no es su mérito de educadores de un pueblo y poetas nacionales, ni tampoco el haber descollado como artistas de la forma, sino lo que en su alma de *hombres* pensaron y sintieron, sabiendo expresarlo. ¿Qué resta hoy de Homero? Su lengua murió: ignoramos cómo se pronunciaba; desconocemos la música de aquellas estrofas que debían de tener, en su ritmo, algo de la melodía del resonante Ponto al estrellarse en las playas de las islas Egeas. Murieron también sus héroes y dioses, en su forma heroica y divina. Lo que no murió

ni morirá mientras la humanidad subsista, es el grupo eternamente hermoso de la madre, el padre y el hijo en la torre de Ilión;—Héctor, antes de la batalla, desciñéndose el casco que asusta á Astianacte, besando al niño y entregándole á Andrómaca, que murmura llorando las inmortales palabras de amor;—es la trágica silueta del anciano Príamo abrazando las rodillas de Aquiles para que el cadáver del adorado hijo no sea pasto de los perros y de los cuervos. Hoy, ¿á quién interesan los ideales políticos y las filosofías escolásticas de Dante? En cambio resuena sin cesar en nuestras almas la queja de Francisca de Rimini y el desesperado rugido de Ugolino en el espantoso torreón. Hoy, los mismos españoles nos sentimos bastante lejos del espíritu calderoniano, y vamos intimoando con Tirso, individualidad poderosa, que jamás aspiró al gran papel de poeta nacional, de educador de su pueblo. No hay que dudarlo; los poetas de la unidad, cuya falta con doloridas cláusulas deploraba Heine—modesto en demasía—son intérpretes de una época en lo que esta época tiene de peculiar y de opuesto á las restantes, mientras los poetas individuales, de la hueste lírica, si son sinceros al expresar su personalidad, y si esta es original y fuerte, siempre encontrarán ecos en el corazón humano, aun á la vuelta de tres ó cuatro mil años, después de transformado el mundo. Un solo poeta lírico no es capaz de expresar el inmenso contenido de la humanidad: por eso ni hay ahora ni quizás hubo nunca poeta *entero*. Poetas grandes sí.

Justamente al tiempo en que Enrique Heine lloraba la desaparición de esos poetas-profetas, que simbolizan el espíritu de una raza y las aspiraciones é ideales colectivos, llegaba la poesía moderna al apogeo de su esplendor. ¿Qué diría el gran soñador, el *caballero del Espíritu Santo*, si viese hoy cómo la noche tiende sobre nosotros su velo fúnebre, y cómo el fin de esta centuria es el fin de la raza de los poetas?

Los que ahora están en la infancia; los que vestirán la toga viril en el siglo xx que se aproxima, nos mirarán á nosotros cual se mira al que residió en desconocido y encantado país. "Soy de la edad de los poetas: aún pude escuchar la voz de alguno," diremos con orgullo á nuestros descendientes.

Y si un día la tierra vuelve á abrirse fecundada, y á criar el lirio, la rosa y el laurel; si un día baja del cielo nueva progenie de verdaderos, de grandes, de altísimos poetas, ¡qué estremecimiento tan dulce y tan extraño agitará á la humanidad, hecha á creer que la inspiración no reflorcería! Será como la hora del nacimiento del sol cuando, después de largo invierno, empieza á dorar las cimas de los árboles en selva centenaria. Las aves cantarán locas de gozo; los manantiales correrán vivos y rápidos; el follaje palpitará; los mismos troncos secos se estremecerán al amoroso empuje de la savia nueva, y allá en lo más escondido de la encrucijada, hasta los rotos simulacros de los dioses, la derribada cruz revestida de musgo,